

# **Dr. Robert A. Peterson, El Espíritu Santo y la unión con Cristo, Sesión 19, La unión con Cristo y la historia bíblica: La eternidad pasada, la creación, la caída, la encarnación, la obra de Cristo y la nueva creación**

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre el Espíritu Santo y la unión con Cristo. Esta es la sesión 19, La unión con Cristo y la historia bíblica: la eternidad pasada, la creación, la caída, la encarnación, la obra de Cristo y la nueva creación.

Estamos listos para hablar sobre la unión con Cristo y la historia bíblica. Hemos establecido un fundamento para la unión con Cristo en el Antiguo Testamento, los evangelios sinópticos y el libro de los Hechos. Luego exploramos la unión con Cristo en el Evangelio de Juan y luego, durante muchas conferencias, la unión con Cristo en Pablo, quien es la corona de esta enseñanza.

Es hora de dar un paso atrás y mirar ahora toda la historia bíblica y lo que enseña acerca de la unión con Cristo. Leeré brevemente los títulos, ya que traté un poco sobre ellos en la última lección: Unión y eternidad pasada, Unión y creación, Unión y caída, Unión y encarnación, Unión y obra salvadora de Cristo, y Unión y nueva creación.

Unión y eternidad pasada. Como hemos visto, dos pasajes paulinos enseñan que Dios escogió a su pueblo para salvación antes de la creación. Efesios 1:3 y 4: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él.

Y luego 2 Timoteo 1:8 y 9, No te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos. 2 Timoteo 1:8 y 9. En el primer pasaje, Pablo enseña que antes de la creación, Dios eligió salvar a los pecadores con el objetivo de la santificación final. En el segundo, el Apóstol anima a Timoteo a ser espiritualmente valiente en medio del sufrimiento señalándole el poder de Dios.

Dios nos salva y nos llama a la santificación presente. Somos salvos no por nuestras acciones, sino por el propósito, el plan y la gracia de Dios; su favor otorgado en contra de nuestros méritos. Y de manera similar a lo que dijo Pablo en Efesios 1:4,

esta gracia nos fue concedida, y cito textualmente, antes del comienzo de los siglos, literalmente antes de los siglos eternos.

2 Timoteo 1 :9. Es sorprendente que en los dos pasajes donde Pablo enseña que la elección divina fue eterna, también enseñe que fue en Cristo, así como él nos escogió en él antes de la fundación del mundo, Efesios 1:4. Dios nos salvó, no por nuestras obras, sino por su propio propósito y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos. ¿Cómo debemos entender estos dos usos inusuales de la frase paulina común, en Cristo? Hay al menos tres enfoques para entender las palabras Dios nos escogió en él antes de la fundación del mundo. El primer enfoque es propuesto por los eruditos arminianos, por quienes tengo un gran respeto y a quienes recibo como hermanos en Cristo, quienes entienden que en Cristo indica una condición para la salvación que las personas deben cumplir.

Jack Cottrell adopta este enfoque. Dios sabe de antemano si una persona cumplirá la condición para la salvación que él ha impuesto soberanamente. La condición básica y que abarca todo es si una persona está en Cristo, es decir, si ha entrado en una unión salvadora con Cristo por medio de la cual participa de todos los beneficios de la obra redentora de Cristo.

Ésa es la importancia de Efesios 1:4, que dice que él nos eligió en él, en Cristo. Un segundo enfoque, también utilizado por los arminianos , es entender que las palabras de Pablo significan que Dios eligió principalmente a Cristo y, en segundo lugar, eligió a los seres humanos para la salvación; es decir, a aquellos que él sabía de antemano que creerían en Cristo. Jerry Walls y Joseph D'Angelo adoptan este enfoque.

Jesús mismo es el elegido, el predestinado. Cuando alguien se incorpora a él por gracia mediante la fe, llega a compartir el estatus especial de Jesús como elegido por Dios. Esta concepción de la elección debe tener plenamente en cuenta, y de la manera más completa, la naturaleza corporativa de la elección, el papel decisivo de la fe y la fiabilidad absoluta de que Dios lleve a las personas al fin que les corresponde.

La elección condicional de Jack Cottrell se encuentra en un libro llamado *Grace Unlimited*, editado por Clark Pinnock. Jerry Walls y Joseph D'Angelo escribieron *Why I Am Not a Calvinist (Por qué no soy calvinista)* , y debo añadir que mi ex colega Michael Williams y yo escribimos un volumen complementario, *Why I Am Not an Arminian (Por qué no soy arminiano)* . No debatimos entre nosotros y, de hecho, nos tratamos bastante bien.

De esa manera es realmente bueno. Pero si quieres conocer los diferentes puntos de vista, con *Por qué no soy calvinista*, de Walls y D'Angelo, y *Por qué no soy arminiano*,

de Peterson y Williams, de InterVarsity Press, tendrás una idea clara. Antes de presentar el tercer enfoque, criticaré los dos primeros.

El primer punto de vista es erróneo porque cuando Pablo escribe que Dios nos eligió en él antes de la fundación del mundo, no menciona una condición que los pecadores deben cumplir para ser elegidos por Dios. Las palabras de Pablo no hablan de ninguna respuesta humana, sino del plan soberano de Dios. Cottrell y otros creyentes arminianos interpretan la fe prevista en las palabras de los apóstoles en un intento de armonizar su punto de vista sobre la elección condicional con las palabras de Pablo.

Además, el segundo enfoque también falla al leer ideas en Pablo. Dios eligió a Cristo para ser el redentor divino-humano, pero ese no es el punto de Pablo en Efesios 1. En cambio, Pablo enseña que Dios nos eligió en él. El versículo 4 no habla del papel decisivo de la fe.

En el pasaje se lee la idea de que “cuando uno se incorpora a él por gracia mediante la fe, llega a compartir el estatus especial de Jesús como elegido por Dios”. En cambio, el pasaje enfatiza los papeles decisivos de la soberanía y la gracia de Dios. Yo adopto un tercer enfoque para las palabras de Pablo en Efesios 1:3 y 4. Como vimos anteriormente, el apóstol emplea con frecuencia los términos en Cristo, en él y sinónimos para referirse a la unión con Cristo.

¿En qué se diferencia el uso habitual que hace Pablo de la palabra en Cristo, en referencia a la unión con él, de su uso en el contexto de la elección pretemporal? La diferencia es temporal. Pablo casi siempre habla de personas que se unen a Cristo en la historia. Pero en Efesios 1:4 y 2 Timoteo 1:9, habla de la elección para Cristo en Cristo.

Habla de la elección en Cristo antes de la creación. En estos dos pasajes, en Cristo no indica unión real porque no existíamos antes de la creación. Más bien, Pablo habla del plan soberano de Dios para unirnos a Cristo.

Así, cuando Pablo escribe que nos escogió en él antes de la fundación del mundo, quiere decir que antes de la creación, Dios, por su propia voluntad y amor, eligió salvar a su pueblo y también planeó los medios para salvarlo. Planeó llevarlos a la unión espiritual con su Hijo y todos sus beneficios espirituales. 2 Timoteo 1:9, es lo mismo para 2 Timoteo 1:9. Somos liberados de nuestros pecados no por nuestras obras sino por su propio propósito y gracia.

Obsérvese que este texto no hace que la elección de Dios de su pueblo dependa de la respuesta de los seres humanos al evangelio. Niega explícitamente que nuestros esfuerzos puedan rescatarnos y se centra, en cambio, en Dios, quien concede la salvación por su propio propósito y gracia, es decir, su voluntad soberana y

compasión. Cuando Pablo dice que la gracia nos fue concedida en Cristo Jesús antes de los siglos, quiere decir que la elección misericordiosa de Dios por nosotros en la eternidad implicó su plan de unirnos a su Hijo para que experimentáramos la salvación.

La gracia salvadora llegaría infaliblemente al pueblo elegido de Dios debido al plan soberano y misericordioso de Dios. Estos dos pasajes enseñan que la unión estaba lejos de ser una idea de último momento de parte de Dios. Sorprendentemente, incluso su elección de pecadores antes de la creación incluyó la unión con Cristo.

Cuando Dios eligió a los pecadores para la salvación, también eligió unirlos a Cristo para que experimentaran la salvación. Es decir, planeó enviar a su Hijo en la encarnación para vivir una vida sin pecado, morir, resucitar y derramar el Espíritu en Pentecostés. El Espíritu aplicaría la salvación que Jesús logró al unirnos espiritualmente a Cristo.

Así, el Padre nos eligió en Cristo y nos dio la gracia en Cristo Jesús antes de los siglos. Unión y creación La unión con Cristo, planeada desde la eternidad, se realiza en el tiempo. El Espíritu Santo reúne eficazmente a los pecadores creyentes con Cristo en la salvación.

Por gracia, mediante la fe, los une al Hijo de Dios. Pero pasar inmediatamente de la elección a la fe en Cristo, a la unión por fe con él, es saltarse tres pasos esenciales de la historia. Si nos remontamos a Pentecostés, la Encarnación y la creación de la humanidad a imagen de Dios son condiciones previas necesarias para la unión con Cristo.

En primer lugar, el derramamiento del Espíritu Santo por parte de Cristo en Pentecostés fue necesario para que el Espíritu uniera a los pecadores con Cristo.

En segundo lugar, la encarnación del Hijo Eterno, su hacerse uno con nosotros en nuestra humanidad, fue esencial para que lograra nuestra salvación, lo que incluye morir, resucitar y otorgar el Espíritu. También es esencial para establecer una fraternidad entre él y nosotros para que podamos unirnos a él espiritualmente.

En tercer lugar, la creación de los seres humanos a imagen y semejanza de Dios, que estableció una compatibilidad entre nosotros y él, fue necesaria para que pudiéramos unirnos a Cristo. Ésta es nuestra ocupación actual. Por lo tanto, estamos diciendo que los siguientes tres pasos en la historia son la creación, la encarnación y Pentecostés.

Analicémoslos uno por uno. Imagen de Dios. La unión con Cristo se basa en el hecho de que los seres humanos fueron creados de manera especial por Dios.

Aunque como criaturas somos muy diferentes de Dios en aspectos importantes, como portadores de su imagen somos como él. Robert Lethem es conciso. Cita: La unión con Cristo se basa en la creación del hombre y la mujer para ser compatibles con Dios.

Cita final. Letham, *Unión con Cristo en la Escritura, la historia y la teología* . Esto es una consecuencia de que seamos hechos como Dios.

En Génesis se registra que Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza. Y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en los ganados, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Así pues, creó Dios al hombre a su imagen.

A imagen de Dios los creó, varón y mujer. Génesis 1:26 , 27. La imagen de Dios en el hombre y la mujer como criaturas de Dios es difícil de alcanzar.

Parece que intervienen muchos elementos, entre ellos nuestra propia estructura, nuestros roles y nuestra capacidad para relacionarnos. Es este último elemento el que nos interesa ahora. Citando nuevamente a Lethem, puesto que los seres humanos fueron creados a imagen de Dios, fueron hechos para la comunión con Dios, para gobernar la creación de Dios en su nombre.

Cita final. Dios nos creó para sí y en comunión con él. Adán y Eva no fueron creados ni como pecadores ni como seres inocentes, lo cual no es ni bueno ni malo, sino como seres santos en comunión con el Dios Santo.

Para apreciar que Dios nos hizo compatibles con él y para la comunión con él, es importante subrayar las inmensas diferencias entre Dios y nosotros. Isaías 40:22. Él está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas.

Isaías 40:22. Y luego 28. El Señor es el Dios eterno, el creador de los confines de la tierra.

Isaías 57:15. El es el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es Santo. Isaías 57:15.

Comparadas con él, cito: todas las naciones, no hay nada delante de él. Él las considera menos que nada, un vacío. Isaías 40:17.

Una y otra vez, el Señor dice: Yo soy el Señor, no hay otro. Isaías 45:5, 6, 18 y muchos más. Sorprendentemente, aunque hay una gran brecha entre el gran Dios y nosotros, Él nos hizo a su imagen.

Y, por lo tanto, somos como él en aspectos importantes. Philip Hughes explica en su libro *La verdadera imagen*, el origen y el destino del hombre en Cristo. La cita: El conocimiento de que el ser de Dios es esencial y eternamente personal es, sin duda, un momento particular para nuestro tema.

Al crear al hombre, Dios creó un ser personal que, de una manera imposible para otras criaturas animadas, es capaz de una comunión personal con su creador y de una respuesta personal a él. El hecho de que el hombre sea una persona, de Persona con P mayúscula, explica su capacidad de interactuar como persona con Persona con P mayúscula. Cristo, la verdadera imagen.

Tal vez algunos se sorprendieron al ver que incluso la elección eterna de Dios involucraba a Cristo. Fuimos elegidos en él y recibimos gracia en él. Pero no debería sorprendernos que al contemplar a la humanidad como creada a imagen de Dios, dirijamos nuestra atención a Cristo, la verdadera imagen de Dios.

Pablo dice que Cristo es la imagen de Dios (2 Corintios 4:4). La imagen del Dios invisible (Colosenses 1, 15). De hecho, Cristo como imagen de Dios forma un puente entre los seres humanos, hechos a semejanza de Dios, y la encarnación de Cristo. Cristo como imagen nos ayuda a comprender a la humanidad como portadora de su imagen.

Que lo expliquen. El Génesis afirma que el hombre y su mujer fueron creados a imagen de Dios. La imagen de Dios es idéntica para nosotros, es idéntica.

La imagen de Dios del Génesis se nos identifica en el Nuevo Testamento. Pablo señala que Cristo es la imagen de Dios (2 Corintios 4:4; Colosenses 1:15).

En el pensamiento de Pablo, Cristo, como segundo Adán, es la imagen de Dios. Adán fue creado en Cristo y luego cayó de esa condición. Pero ahora, en la gracia, estamos siendo renovados a la imagen de Dios, en Cristo, el segundo Adán, y, por lo tanto, en conocimiento, justicia y santidad.

La imagen de Dios en la humanidad nos pone bajo Dios y por encima de las demás criaturas y, al mismo tiempo, nos hace compatibles, hablo con reverencia, con Dios mismo. Que Cristo sea la verdadera imagen de Dios significa que fuimos hechos como Cristo en el principio, como explica Hughes. Sólo el hombre tiene afinidades que llegan tanto hacia abajo, dentro del mundo sobre el que ha sido colocado, como hacia arriba, hacia el Creador, que es el Señor de todos los seres.

La verdad que subyace a esta doble relación es, en primer lugar, que el hombre es criatura de Dios.

En segundo lugar, que entre las criaturas de Dios, sólo el hombre está formado a

imagen de Dios.

En tercer lugar, el Hijo eterno es la imagen según la cual fue formado el hombre.

El vínculo profundamente íntimo que une al hombre con la segunda persona de la Deidad es, pues, parte integrante del ser mismo de los seres humanos. Nuestra compatibilidad con Dios, porque fuimos creados a imagen de su Hijo, nos ayuda a empezar a entender la encarnación del Hijo eterno. Volveremos a este tema después de considerar la unión con Cristo y la caída.

La Escritura enumera muchos resultados diferentes de la caída de nuestros primeros padres en el pecado, incluyendo la culpa, cuyo antídoto es la justificación, y la condenación, cuyo antídoto es el mismo; la corrupción, cuyo antídoto es la santificación progresiva, o mejor aún, la santificación en todas sus dimensiones, inicial, progresiva y final; el sufrimiento, las relaciones destrozadas, la esclavitud, el alejamiento de Dios, esclavitud cuyo antídoto es la redención; el alejamiento de Dios, cuyo antídoto es la reconciliación; y el desorden, cuyo antídoto es el orden traído por el segundo Adán.

Lo haré de nuevo, sin hablar de los antídotos. Las Escrituras enumeran muchos resultados de la caída, entre ellos la culpa y la condenación, la corrupción, el sufrimiento, las relaciones destrozadas, la esclavitud, el alejamiento de Dios y el desorden. Incluso la creación misma está arruinada, porque Dios maldijo la tierra a causa de la transgresión de Adán.

Génesis 3:17 y 18. De manera maravillosa, Dios, en su gracia, anula cada uno de esos resultados de la caída mediante la obra de Cristo. El resultado de la caída que mejor ilustra la necesidad de la humanidad de una unión con Cristo se da con mayor claridad en Efesios 2. Recuerden que en un tiempo, ustedes los gentiles en la carne llamaban incircuncisión por lo que se llama circuncisión, la cual se hace con mano en la carne.

Recuerden que en ese tiempo ustedes estaban separados de Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Efesios 2:11-12, que ya hemos visto antes. Pablo describe la terrible situación de sus lectores gentiles y de todas las personas no salvadas antes de venir a Cristo.

Al hacerlo, expresa con mucha claridad por qué los seres humanos perdidos necesitan unirse espiritualmente a Cristo porque están separados de Él (versículo 12). Tillman explica por qué Pablo pone esto primero en su lista de cinco deficiencias de los gentiles, citando *el Comentario sobre Efesios de Frank Tillman*.

Este es el punto más importante de la lista: la separación de Cristo. Como lo indica su posición, está al principio de la lista, fuera de los dos versos que se usan para expresar los otros cuatro problemas. Si cada bendición espiritual de 1:4 a 13 está disponible solo para los que están en Cristo, 1:3, y si el rescate de la terrible situación detallada en 2:1 a 3 solo llega a los que están en Cristo, 2:5 a 6, entonces estar fuera de Cristo plantea un problema de primer orden: la separación de Cristo.

Nuestra necesidad de unión con Cristo es que estamos separados de él. En su raíz, la unión es un concepto espacial utilizado para comunicar verdades relacionales. Es como si Cristo estuviera allá, recibiendo todas las bendiciones de la salvación, incluido el perdón de los pecados y la vida eterna, y nosotros estuviéramos aquí, separados de él.

Estamos separados de su persona y de todos esos beneficios. Solo cuando el Espíritu Santo cierra la brecha y nos une al Salvador, experimentamos la salvación. Hasta ese momento, estamos fuera de Cristo y, por lo tanto, no tenemos esperanza y estamos sin Dios en el mundo (Efesios 2:12). Pablo continúa describiendo el remedio a nuestra difícil situación.

Ahora en Cristo Jesús, Efesios 2.13, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. El remedio para la separación de Cristo es la unión con él, ser hechos cercanos por su sangre, ser incorporados a la familia de Dios y hechos parte de su templo espiritual. Antes de tiempo, Dios eligió salvarnos uniéndonos a Cristo.

Con el tiempo, nos creó a su imagen, como él, y para tener comunión con él. De hecho, nos hizo a imagen de su Hijo, la verdadera imagen de Dios. Pero nos rebelamos contra nuestros primeros padres y, como resultado, nos separamos de Cristo.

Aunque Dios podría habernos abandonado, no lo hizo. Vino a nosotros en la encarnación de su Hijo. Philip Hughes relaciona de manera muy útil a Cristo como imagen de Dios con la encarnación.

Cita: La doctrina de la imagen de Dios es la clave para la facticidad de la encarnación, no menos que para la comprensión de la verdadera naturaleza del hombre. El problema que surge de la limitación de nuestro ser y horizonte es: ¿cómo puede Dios convertirse en lo que no es? ¿Cómo puede Dios hacerse uno con sus criaturas con el propósito de restaurar todas las cosas? La respuesta a ese problema está en la línea que conecta al hombre con la segunda persona de la Santísima Trinidad, que vincula la imagen, con l minúscula, con la imagen, con l mayúscula, es decir, la imagen de Dios en el centro del ser del hombre con la imagen que es Dios, el Hijo, el Hijo de la deidad y la humanidad de Dios. Al hacerse uno con nosotros en la encarnación, el Hijo eterno no deja de ser el Hijo eterno.

Él sigue siendo Dios después de la encarnación. Por eso, confesamos la deidad del Hijo encarnado. Esto es crucial, porque sólo Dios puede rescatarnos.

Sin embargo, la encarnación es necesaria, porque sólo el Dios-hombre puede rescatarnos. Sin embargo, la encarnación es necesaria porque sólo el Dios-hombre puede rescatarnos. Él tuvo que hacerse uno de nosotros para morir por nosotros, derrotar a nuestro enemigo y liberarnos como insiste Hebreos.

Cita, por cuanto los hijos participan de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor a la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud, Hebreos 2:14 y 15. La encarnación del Hijo y la unión con él. Además, la encarnación es necesaria también para que se produzca la unión con Cristo, como explica Letham, cita, la base de nuestra unión con Cristo es la unión de Cristo con nosotros en la encarnación.

Podemos llegar a ser uno con él porque él primero se hizo uno con nosotros. Al tomar la naturaleza humana en unión personal, el Hijo de Dios se ha unido a la humanidad. Ahora tiene un cuerpo y un alma humanos, de los que nunca se desprenderá.

Juan, el Verbo, se hizo carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad) (Juan 1:14). Y Pablo, una y otra vez, enseña la encarnación del Hijo de Dios (Filipenses 2:5-8). Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres.

Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2:5-8). Al igual que Juan, Pablo sostiene que la encarnación es una parte esencial de la misión de Cristo, que incluye el derramamiento del Espíritu para efectuar la unión con Cristo. De hecho, es difícil exagerar la importancia de la encarnación cuando se habla de la unión con Cristo. La encarnación en sí no nos une a Cristo, pero es una condición previa esencial para la unión.

Lethem es conciso cuando dice, cita: “La unión de Cristo con nosotros en la encarnación es el fundamento de nuestra unión con él, tanto ahora como en el futuro eterno”. Cierra la cita. El siguiente paso para entender la enseñanza de la Biblia sobre la unión con Cristo involucra el logro salvífico de Jesús, incluido lo que hizo en Pentecostés. Lethem establece la conexión entre la encarnación y Pentecostés.

Cita: Cristo se ha identificado completamente con nosotros. Es uno con nosotros. Tomó nuestra naturaleza en unión personal para siempre.

La encarnación es la base indispensable para la unión con Cristo. Puesto que Cristo se ha unido a nosotros en la encarnación, nosotros podemos unirnos a él por el Espíritu Santo. El Hijo de Dios es el único mediador en el mundo, y lo hizo todo, desde hacerse uno de nosotros hasta la segunda venida, que todavía no ha hecho, para salvarnos.

El corazón y el alma de una obra salvadora es su muerte en lugar de los pecadores y su resurrección al tercer día para la victoria. ¿La encarnación de Cristo salva en sí misma? La respuesta es no. Como he escrito en un volumen anterior, la salvación no llega automáticamente a la humanidad cuando el Hijo eterno de Dios se hace hombre.

Pero ¿es la encarnación de Cristo la condición previa y central para las obras salvadoras que siguen? La respuesta es sí. Sólo un redentor divino-humano podría hacerlo. Si el Hijo no se hubiera hecho hombre, no podría haber vivido una vida humana sin pecado, ni haber muerto y resucitado para liberar a su pueblo.

No podía haber ascendido, sentarse a la diestra de Dios, derramar el Espíritu Santo, interceder por nosotros y no podía volver. Para realizar estas obras salvadoras, tuvo que hacerse uno de nosotros. En ese sentido importante, la encarnación de Cristo salva como requisito esencial para su muerte y resurrección.

Eso es de mi libro, *Salvación realizada por el Hijo*, obra de Cristo. Pentecostés. ¿Qué tiene que ver la obra salvadora de Cristo con la unión con él? La clave aquí es Pentecostés.

La venida del Espíritu en Pentecostés permite la unión de fe con Cristo. Pentecostés es tanto la obra salvífica de Cristo como su crucifixión y resurrección. Con razón pensamos en el Espíritu Santo cuando pensamos en Pentecostés.

Pero es importante darse cuenta de que Cristo fue quien derramó el Espíritu en Pentecostés. Pentecostés es el cumplimiento de la profecía de Juan el Bautista. Juan dijo: Yo os bautizaré con agua para arrepentimiento, pero el que viene después de mí es más poderoso que yo, y yo no soy digno de llevarle las sandalias.

Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego, Mateo 3:11. También está en Marcos, Lucas y Juan. Y es el cumplimiento de las palabras de Jesús en Hechos 1. En el cumplimiento de las palabras de Jesús está el cumplimiento de la profecía de Juan el Bautista. En Mateo 3:11, Marcos 1:7 y 8, Lucas 3:16, Juan 1:32 a 34.

Mientras estaba con ellos, Lucas escribió que les ordenó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, la cual les dijo: “Habéis oído de mí. Porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”. Así que, en Hechos 1:4 y 5, Jesús deliberadamente se vincula con la profecía de Juan el Bautista.

Pentecostés es obra de Jesús el Mesías, como lo son su muerte en la cruz y su resurrección. Es tan singular e irreplicable como esas obras. Es un acontecimiento único en el que el Señor Jesús resucitado y ascendido bautiza a su Iglesia con el Espíritu Santo de una vez para siempre, realizando con esta acción grandes cosas.

Pentecostés es un acontecimiento público en el que Cristo proclama la nueva alianza, inaugura la nueva creación y confiere el espíritu a la nueva comunidad. Es este último acontecimiento el que nos ocupa ahora. El espíritu que Cristo derramó sobre la Iglesia en Pentecostés es el que nos une a Cristo.

Así, Pentecostés es el envío del Espíritu que hace posible la unión de fe con Cristo, como afirma Lethem. Cita: Cristo, Hijo eterno, habiendo unido en sí la naturaleza humana, ahora nos une a sí mismo por el Espíritu Santo, tal como el Espíritu nos atrae hacia él en la fe. Esta no es una unión personal, ya que el Espíritu nos atrae hacia él como el Espíritu nos atrae hacia él en la fe.

Esa unión personal que vimos en la encarnación del Hijo de Dios es absolutamente única. No nos volvemos eternos ni nos convertimos en dioses. En este caso, el Espíritu Santo entra, habita, satura y penetra a innumerables personas humanas y pecadores, llevándolos a la unión con Cristo Hijo.

Así que estamos listos para el último paso. Hemos visto la unión y la eternidad pasada, la unión y la creación, la unión en la caída, la unión en la encarnación y la unión en la obra de Cristo, especialmente en el derramamiento del Espíritu en Pentecostés, y ahora la unión y la nueva creación. El objetivo de la unión con Cristo no es nada menos que la salvación final del pueblo de Dios y la liberación del cielo y la tierra.

La creación misma estuvo sujeta a la maldición de la caída. Después del pecado de Adán, Dios le dijo: Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinos y cardos te producirá. Génesis 3:17 y 18.

Las Escrituras también predicen la liberación del cosmos, la llegada de un nuevo cielo y una nueva tierra. Isaías 65:17 a 25, 66:22, 23, Mateo 19:28, Romanos 8:20 a 22:2, 2 Pedro 3:10 a 13, Apocalipsis 21:22. Una vez más, Isaías 65:17 a 25, Isaías 66:22, 23, Mateo 19:28, Romanos 8:20 a 22, 2 Pedro 3:10 a 13, y Apocalipsis capítulos 21 y 22.

En el plan de Dios, la obra de Cristo es el remedio para el mal de la creación. La muerte y resurrección de Cristo tienen aquí efectos cósmicos. Cita: A Dios le agradó por medio de Cristo reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.

Colosenses 1:19 y 20. La obra salvífica de Cristo no sólo rescata a los seres humanos, sino al mundo. Romanos 8:20 al 22, la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó.

En la esperanza de que la creación misma será liberada de la esclavitud de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Romanos 8:20-22

Es notable que Pablo enseñe que Dios finalmente unificará todas las cosas en Cristo, algo que, nuevamente, ya vimos anteriormente. Ahora, lo ponemos en el contexto de una teología bíblica de unión con Cristo. Efesios 1:7 al 10.

En él, en Cristo, tenemos redención por su sangre, el perdón de nuestros pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo de reunir todas las cosas en él, en la plenitud de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra. Efesios 1:7 al 10. Pablo amplía los límites del tiempo y del espacio cuando, después de hablar de la muerte violenta y redentora de Cristo, su sangre, dice que Dios reveló el misterio de su voluntad de reunir en Cristo todas las cosas en él, según su beneplácito.

Esta es una de las varias ocasiones en que Pablo utiliza la palabra en Cristo para mostrar directamente la unión con Cristo. Los creyentes estarán unidos a Cristo. La unión con Cristo, la aplicación espiritual de la muerte y resurrección de Cristo, tiene, por tanto, efectos cósmicos al final.

Apocalipsis 22:3 es conciso. Cito: ya no habrá nada maldito. Apocalipsis 22:3. Y por supuesto, la unión también tiene efectos maravillosos para el pueblo que Dios creó para sí mismo, que se rebeló contra él, por quien el hijo encarnado murió y resucitó, y a quien el espíritu se aplica a la obra salvadora de Jesús.

De hecho, Pablo dice que los creyentes individuales ya son parte de la nueva creación. Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. Lo viejo pasó.

He aquí lo nuevo. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo. 2 Corintios 5:17 y 18.

Una de las bendiciones de la unión de fe con Cristo es la inhabitación divina. De hecho, la inhabitación es, como hemos visto, una unión continua y viva con Cristo. Dios nos da un espíritu cuando nos une a su Hijo.

Y ese espíritu no sólo nos une a Cristo, sino que viene a morar en nosotros. Es el espíritu que nos une a Cristo, y en realidad, a la trinidad, pero sobre todo el espíritu que mora en nosotros. Por el gran amor que Dios nos tiene en Cristo, nos ha permitido gentilmente participar en los acontecimientos salvíficos de su Hijo.

Como vimos, parte de lo que significa estar unidos a Cristo es participar en su historia. Pablo enseña en Colosenses solo, con Cristo moristeis, 2:20. Habéis resucitado con Cristo, 3:1. Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios, versículo 3. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria, versículo 4. Así que, el resultado final de la unión con Cristo en la nueva creación es la resurrección y redención final de los seres humanos y la restauración final de los cielos y la tierra. Leí una conclusión de este estudio de la unión con Cristo a lo largo de la historia bíblica.

Con esto terminamos nuestro estudio de la unión con Cristo en la historia bíblica. El plan eterno de Dios Padre para salvar a su pueblo incluía la planificación de unirlos espiritualmente a su hijo. Creó a los seres humanos a su imagen para que tuvieran comunión con él.

Esto significa que los hizo a semejanza de la verdadera imagen, su hijo. Sin embargo, en la caída, se rebelaron contra su bondad y se separaron de Dios y de Cristo. El hijo se rebajó para convertirse en un ser humano en la encarnación.

Él se hizo uno de nosotros para que pudiéramos unirnos a él por gracia mediante la fe en el evangelio. La encarnación le permitió a Jesús vivir una vida sin pecado, morir y resucitar, cumpliendo así la obra de salvación. Después de ascender, Jesús derramó su Espíritu Santo sobre la iglesia, uniendo así a los creyentes a Cristo.

Este vínculo del Espíritu, conocido como unión de fe con Cristo, es individual y colectivo, presente y permanente, definitivo y creciente, ya y todavía no. Cuando Jesús regrese, la unión será completa y plena, pues el pueblo resucitado de Dios vivirá con la Santísima Trinidad por toda la eternidad en la nueva tierra. En nuestra próxima conferencia, si Dios quiere, abordaremos un poco de teología sistemática de la unión con Cristo.

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre el Espíritu Santo y la unión con Cristo. Esta es la sesión 19, La unión con Cristo y la historia bíblica: la eternidad pasada, la creación, la caída, la encarnación, la obra de Cristo y la nueva creación.